

los hombres que se prestan á ejercer tantas maldades.

Tentado me encuentro á reproducir en este lugar una larga estrofa, palpitante, en que Alpuche describe el martirio del P. Andrés; porque revela hasta dónde era fácil al autor dejar poseido del mismo ánimo que le hacia trazar sus cuadros, al que con los ojos de la inteligencia llegara á contemplarlos; pero seria dar extension harto peligrosa á este escrito, y acaso fatigaria al benévolo lector.

Renunciemos, pues, á ello, y veamos como despues de dejar consignados nuevos horrores, concluye así, cerrando con llave de oro esa poesía á que justamente debió Alpuche, como asentado queda, el principio de su popularidad en su suelo natal:

¡Y este mismo es el hombre que sentado
Miras ¡oh Yucatan! en el agosto
Trono de la justicial El insolente
Que la moral corrompe impunemente,
Osó arrebatarnos la balanza
De la suerte del pueblo! Tiembla, tiembla
Al verte en ese sólio, ¡oh enemigo
De Dios y de los hombres! Tu castigo
Estallará cual rayo, y vanamente
Querrás alzar la condenada frente

Que oprime el peso enorme
De la reprobacion....! ¡Le veis, mortales
Ya sus feroces ojos se oscurecen,
Sus miembros ya se agitan, se entorpecen.
Sus cabellos se erizan;
Colores en su rostro se deslizan
Cual relámpagos fúnebres....
Su pecho se hincha de furor que en vano
Intenta sacudir.... ¡Dónde te escondes!
¡El señor contra tí su rostro afianza!
¡Dónde escapar podrás á su venganza!
Ya, en remolino horrendo
Al abismo profundo
Te precipita el anatema eterno....
Anda á llenar de horror al mismo inferno.

El final de la estrofa que de copiar acabo, difícilmente podrá ser superado por poeta alguno. Este verso:

Anda á llenar de horror al mismo inferno,

pronunciado despues de pintar con tan vivos colores las iniquidades del juez á quien va dirigida la sátira, es de un efecto maravilloso, y por él se viene en conocimiento de que Alpuche, sin conocer las reglas del arte, guiado solo por su natural buen gusto, comprendia que si es preciso despertar al principio de una obra el interés del lector, y darle pábulo creciente, no es menos indispensable rema-

tar de manera adecuada y que conserve la impresión producida desde el principio.

Tales son, entre otras muchas en que intencionalmente no he querido detenerme, las bellezas que hallará cualquiera en la poesía «*A un juez.*» Resiéntese, sin embargo, de algunos defectos que habré de apuntar también ligeramente; defectos disculpables á mi entender, si se recuerda que el autor no había hecho un serio estudio de las reglas de la métrica española. Además, y circunstancia es esta que el crítico más severo deberá tener siempre presente; esta sátira ha llegado á nuestros tiempos mutilada, para borrar así la mala impresión que las personalidades de que el autor la sembró, hubieran, sin duda, causado.

En la cuarta estrofa, desde el verso 48 al 52, se nota la falta de armonía que produce la acumulación de una misma asonancia en los cuatro versos:

Y su audacia feroz aun no saciada
Con perfidias y crímenes se lanza,
A desgarrar la ley pura y sagrada:
La pisa impunemente y se abalanza, etc.

En la siguiente, y desde el verso 71 al 79, se nota igual defecto, pues en esos ocho versos, solo

el 75 que termina con el adjetivo *piadoso* deja de asonantar con los demás en *e o*, de manera que el oído se cansa de oír todas estas palabras asonantadas: tormento, lleno, ageno, perverso, templo, ejemplo y universo; falta todavía más visible cuando la segunda y tercera, como la quinta y la sexta, son perfectos consonantes.

Desde el verso 80 hasta el 84, la misma prodigalidad de asonantes pero en *i o*, se halla, como también desde el 108 al 114 en que solo el 109 nos libra de oír el poco armonioso sonido que producen juntos los gerundios *derramando*, *arrastrando*; los adjetivos, *pesados* é *hinchados*, y los sustantivos *estrage* y *lago*, consonantes rigurosos á su tiempo, y cada uno de otro á su vez.

En los once versos que van á continuación de estos, hallamos ocho palabras en que el asonante *e o* domina, mezclados, como en los casos anteriores, con palabras que producen rima completa, y así en otros lugares de las estrofas con que la sátira concluye.

En la sexta estrofa encuentro:

Y con rabia infernal siempre implacable,
Lo hieren, lo maltratan, lo atormentan,
Lo confunden, y al fin lo desalientan,

dice hablando del martirio del P. Andrés. Aquí échase de ver, primero, que Alpuche, tal vez sin notarlo, se declaraba *loista*, siendo así que el gusto, la pureza misma del lenguaje piden *le* en el presente caso, tratándose, como se trata, de un sér racional. En segundo lugar, poco acertada me parece la gradacion que Alpuche usó: herir es mas que maltratar, atormentar mucho mas significativo que confundir, y sobre todo, muy pobre, muy débil aparece en el rasgo final la frase: *lo desalientan*. Acaso Alpuche quiso significar que le habian privado del último aliento que se exhala con la vida; pero la acepcion natural y mas generalmente usada de ese verbo es desanimarse, fatigarse, acobardarse, cosas que es de suponer que de antemano habian alligido á la víctima á quien el poeta nos habia presentado ya herido per una turba feroz; al mismo sacerdote, sobre quien caía, como copiosa lluvia, los golpes de sus verdugos.

En la penúltima estrofa se lee:

Corramos, si es posible, un denso velo
A tanta iniquidad: compadezcamos
La triste situacion en que ha dejado
El partido infeliz, á do lanzado,
A un tiempo fué su perdicion y azote.
¡Oh! ¡qué inéguas doctrinas ha enseñadol

Creo que no solo el poco entendido forjador de este ensayo biográfico, pero ni el mas ilustrado crítico, podrá hallar sentido á los versos arriba copiados. ¿A quién dejó en triste situacion el partido infeliz? Seguramente al pueblo que presenció los crímenes del juez á quien el poeta censura, pero no lo dice así esta estrofa. Y en ese *á do lanzado*, ¿qué quiso decir? Tampoco puedo entenderlo, y por consiguiente, qué hilacion puedan guardar los anteriores versos con este otro:

A un tiempo fué su perdicion y azote.

Consuélame, sin embargo, la idea de que la persona que, por los motivos ya dichos, mutiló la sátira en cuestion, fué quien, por involuntario descuido al arreglarla para su publicacion, destrozó el sentido de esos versos. Mas aún, me atrevo á suponer que un cajista poco ó nada conocedor de la gaya ciencia, dejó en tan deplorable estado la estrofa, y un corrector poco cuidadoso no supo enmendar aquella falta.

Como quiera que se juzgue, de estricta justicia es confesar que no son ciertamente los lunares descubiertos los que rebajan el mérito de la sátira á «*A un juez,*» que contiene bellezas de primer orden, y que considerada como la primicia de la inteli-

gencia de un autor todavía inexperto, merece ser juzgada con ánimo suave y benigno.

Esa poesía marca la aparición de un astro brillante en el cielo de la literatura yucateca, en que brillaba ya el clásico Quintana Roo, D. Andrés, poeta inspirado y elocuente prosista, el castizo historiador y político D. Lorenzo Zavala y D. Francisco Bates, crítico, hábil redactor del *Diablo cojuelo*; personajes que tan importantes servicios prestaran en la lucha titánica que el mexicano pueblo tuvo que sostener para inscribir su nombre al lado de las naciones independientes. Y en ese cielo brillaron mas tarde Perez Ferrer, ardiente apóstol de la libertad y feliz imitador de Zorrilla; Cisneros, Aldana, uno de los mejores sonetistas mexicanos; Rivas, y otros que, aletargados por algun tiempo, entristecidos por las desgracias que afligen á su suelo, despiertan de repente y dejan oír los armoniosos sonidos de su lira de oro.

Tal fué la primera composición de Alpuche, que alcanzando feliz éxito, corrió de boca en boca, é hizo buscar con ansia el periódico en que viera la luz. Y en verdad que sobre manera sensible es para el que estas líneas traza, no poder consignar en ellas la época precisa de tal suceso, que sería dato curiosísimo para quien mas tarde intente se-

guir los pasos de las letras yucatecas y trazar su cuadro histórico. Pero de tal satisfacción me priva la distancia que de la península de Yucatan me separa, y la total carencia de fechas al pié de las poesías que se registran en la colección que á la vista tengo, y que es la única que á la estampa se ha dado desde el año de 1842.

Alentado Alpuche con el éxito que la sátira «*A un juez*» alcanzara, continuó por la senda que habia elegido, y aparecieron despues los poemas *Hidalgo y Eloisa*, y algunas otras producciones de su ingenio; no á cada momento porque sus atenciones agrícolas demandaban su presencia en las áncultas soledades del campo. Por qué Alpuche, habiendo adquirido apenas los conocimientos secundarios que en el Tridentino Seminario se cursaban, no abrazó una carrera profesional es cosa que ninguno de sus biógrafos explica. Racional parece, sin embargo, la suposición de que no á indolencia de carácter sino á necesidad imperiosa de atender personal y asiduamente sus escasos intereses debe atribuirse aquel suceso. Como quiera que sea, volvemos á encontrarle otra vez en las fértiles campiñas de Tihosuco, aspirando las mismas brisas que mecieran su modesta cuna, y temiéndolo por solo estudio el para todos abierto libro

de la naturaleza. Paréceme verle allí, labrador consumado, contemplar con ávida mirada las doradas espigas de sus maizales y las esbeltas y flexibles cañas de azúcar, prometiéndose ópimos frutos y productiva cosecha. Paréceme verle con aquellos sus ojos de águila, fijos en el espacio, como demandando á la nubes la benéfica lluvia que fecunda las plantas; pero ay! que junto á él no miro los preciados libros de los clásicos autores, en que hallado habria manantial inagotable de bellezas poéticas, y excelentes modelos para dar mas hechicera forma á las propias inspiraciones. Por aquel tiempo, en la plenitud ya de esa agitada época en que las pasiones combaten el corazón del hombre, cuando una mirada y una sonrisa bastan para inflamar un alma, Alpuche que, por otra parte, de fogoso carácter habia dado muestras, ó iniciándose estaba en el culto de esa diosa engañadora llamada la política, no habia de emprender, seguramente, serios estudios para perfeccionarse en el divino arte.

Una vez abandonadas las aulas de San Ildefonso, difícil si no imposible era que á sus forzosas faenas campestres quisiera juntar las de un voluntario estudio, haciendo llegar hasta aquel apartado rincón de la Península las obras de que debia nutrir su entendimiento. Además, ¿para quién es-

cribir, cuando no era la lectura todavía delicioso pasto del alma?

Empero, como las aves que en ciertas estaciones del año enmudecen, y luego vuelven con mas armoniosos trinos no aprendidos, así Alpuche, sin estímulo, volvía á tomar la olvidada lira y sacaba de sus cuerdas esas notas dulcísimas cuyo eco aun repite las brisas marinas en las playas yucatecas; aun suspiran entre las hojas de las campiñas tijosucanas, ó remedan en las desiertas casas de la ya destruida población un lamento hondo y desgarrador.

Ah! si la muerte inexorable no hubiera segado su vida siete años antes de que el maya lanzase el grito de exterminio contra la raza dominadora, llevando armada la diestra de afilado machete, y difundiendo por donde quiera el incendio, la desolación y la muerte, Alpuche hubiera visto desaparecer las heredades de sus mayores, y sucumbir despues de horroso sitio á la infausta Tihosuco, cuyos hijos supieron defenderla con heróico brío; pero á quienes negó la victoria su magnífico laurel. Y qué cantos tan hermosos, qué elegias tan sublimes no hubieran brotado de su mágica lira, ante aquellos escombros que para él encerraban tantos y tan melancólicos recuerdos! Pero

aun no es tiempo de hacer tales consideraciones; sigamos á Alpuche en los momentos en que los yucatecos se deleitan con su incomparable poema «*Hidalgo*.»

Muchos opinan que este poema es la mejor obra que Alpuche nos legó. Las bellezas que en él se admiran, los elocuentes rasgos en que abunda, las hermosas figuras que allí destacan, la entonación robusta de sus estrofas, todo justifica el aplauso con que fuera recibido y que resuena todavía, y resonará siempre, mientras existan personas que rindan homenaje al verdadero mérito, y hombres que á la libertad tributen ferviente y pura adoración.

Intentaré señalar algunas de sus bellezas: confieso que solo leyendo el poema podría ser apreciado dignamente; pero tarea voluntariamente impuesta la mía, debo procurar llenarla de la manera menos mala que dado me sea.

Para lograrlo, trazaré á grandes rasgos el cuadro hábilmente ejecutado por Alpuche. Cese el cobarde temor y emprendamos la obra.

Comienza el poeta por presentar á la patria exhalando gemidos de dolor que hieren los oídos de sus hijos aumentando su aflicción; condenada á oprobio vergonzoso, sangriento el seno, ajada su

beldad por la española tiranía, y enrojecida su faz por las lágrimas de sangre que vierte en medio de males tantos.

Al verla en tan lastimoso estado, no puede menos que preguntarle qué se ha hecho su grandeza, su poder, su brillo; distinta, trocada la encuentra de lo que en remotos días la mirara el mundo, y entonces le dice que fué tan rápida su gloria como el brillo del relámpago que al apagarse ennegrece mas la región del viento, y todo porque la opresión la hundió en la miseria y la condenó á verter amargo llanto. Pero no puedo resistir al deseo de copiar aquí una parte siquiera de tan hermoso rasgo:

..... ¿Dó la gala
 Está, con que adornaste á tus guerreros,
 Generosa y magnánima Tlaxcala?
 Dónde los esforzados campeones
 Que intrépidos y firmes resistieron
 De la orgullosa España los pendones?
 ¿Dó está la gloria suma
 De la extensa región que en otro tiempo
 Engrandeció el poder de Moctezuma?
 En dónde están, Cholula infortunada,
 Tus altísimas torres? Dónde, dónde,
 Tenoxtitlan sagrada
 Tu antiguo brillo y magestad se esconde?

Recuerdo haber oído á una persona que íntimamente trató en Yucatan al inspirado autor del *Trovador*, que tan competente autoridad decia que solo el bellissimo rasgo que acabo de copiar, bastaba para revelar á un gran poeta. García Gutierrez tenia razon, esa estrofa es bellissima y muy digna de figurar en el poema «*Hidalgo*.»

Despues de esta introduccion brillante, encerrada admirablemente en solo treinta y siete versos en que á la vez se admiran la sonoridad, lo hermoso de las imágenes y los epítetos mas adecuados, da principio á lo que me atrevo á llamar la narracion. ¡Qué hermoso es el cuadro, y cuán palpitante, en que vemos á Cortés pisando las mexicanas playas, conducido por el génio de la muerte, centellando en su diestra la sangrienta espada, y oponiéndose al paso del invaser las huestes indianas, que, con ímpetu indomable, se convierten en montones de cadáveres antes que dejar fácil acceso al enemigo de la patria!

Para pintar la afliccion de esta en aquellos momentos, dice el poeta:

La tierra virginal lanza un gemido
Al recibir tal monstruo, y se contrista
Cual tímida paloma á quien dirige
El fiero gavilan la torva vista.

Este pasaje es verdaderamente clásico, y ni el mas severo crítico hallaria un reproche justo que dirigirle.

Empéñase la lucha, la muerte esparce sus estragos, los combatientes se ostentan heroicos hasta que sucumben, y la corriente devastadora de la invasion, cual desbordado torrente, aniquila cuanto oponérsele pudiera. Las llamas se elevan hasta los cielos, caen desplomados los templos, y al caer ensordecen los campos, é infunden el pavor en el espíritu del indio supersticioso que ve consumarse tan horrendo sacrilegio sin que el rayo del cielo aniquile al impío profanador del suelo de sus mayores y del altar de sus dioses.

El antes valiente y temido Moctezuma se acobarda en breve, se mira prisionero; el audaz Cuauhtemoc espira entre las llamas; sucumbe el fuerte Quetloboca, y solo sobrevive á tanta ruina Guatimozin, aquel jóven esforzado, el hijo de la guerra, rival ilustre de Moctezuma,

Que llena con su nombre mar y tierra.

Pero es llegada la destruccion del americano imperio, ayer hermoso y floreciente, y el cuerpo ensangrentado, mejor diré, convertido en cenizas del último defensor del Anáhuac testifica que ha

terminado con la vida de aquel mártir que, ya en la hoguera, al escuchar las reconvenciones de algún compañero débil en presencia del suplicio exclamaba: «¿Estoy yo por ventura en un lecho de rosas?»

Opulenta ciudad que un tiempo dabas

La ley á cien naciones diferentes,

Y el destino futuro regulabas

De pueblos aguerridos y valientes

Opulenta ciudad que Moctezuma

Engrandeciera con afán intenso,

¿Qué resta ya de tu valor primero?

¿Qué resta ya de tu poder inmenso?

¿Qué resta ya de tu feliz memoria?

Fué tu esplendor antiguo, fué tu gloria.

Así termina la sexta estrofa, y con ella la historia, permitidme así expresarlo, de la conquista. Duélese el poeta de tantos horrores, y no puede menos de exclamar apostrofando á la gran nación, en la siguiente; que si no adoleciera de un defecto, común en las obras de Alpuche, anotado antes, y que consiste en la superabundancia de voces asonantes, sería intachable:

A tan terrible golpe, ¡infausta suerte!

Huyó la Libertad, despavorida,

Llorosa, triste, exánime, sin vida,

Dejando solo asolación y muerte.

El soldado invasor al cuello inerte

Del noble americano

Impuso airado con sangrienta mano

La coyunda fatal, la vil cadena,

Y á esclavitud perpetua lo condena.

Es decir, todo ha pasado ya!

A la alegría de aquellos tiempos en que los hijos del sol aun no hollaban el territorio mexicano, á los cánticos de placer han sucedido gemidos dolorosos, y aquel sordo crugir de las pesadas cadenas que arrastran los pobladores de Anáhuac. Tan espantosa y degradante condicion, enciende el fuego sagrado del patriotismo que al poeta anima y le hace prorumpir en estas bellas y atrevidas estrofas:

¿Para qué empinas la soberbia frente,

Escándalo del aire,

Ixtaxihual altísimo, trepando

A alzar al cielo tu nevada cumbre

Que dora el sol con su radiante lumbre?

Desplómate mas bien, cayendo encima

De esclavos viles y opresores fieros:

Desplómate, y termina

Tantos estragos con tu inmensa ruina.

Volcanes bramadores,

Antorchas esplendentes de los aires